

MICHÈLE NAJLIS

Diez Poemas

Como la tormenta, amor, como la tormenta

Como la tormenta, amor, como la tormenta.
Como el rayo, quemante, como el rayo.
Como la lluvia, como los robles ante la lluvia.
Como las flores, amor, como las flores.
Como el madero que retoña en los cercos.
Como quien despierta a medianoche gritando un nombre
y oye que ese nombre le responde.
Como quien toma unas manos tendidas desde siempre.
Como un niño ciego
que busca su juguete preferido.
Como un cauce que se llena a la llegada del invierno.
Como una mujer ama a su hombre
así, amor, te he querido.

Y ahora
ante mi dolor y tu cólera
ante tu imagen y mi deseo,
ante tu ausencia,
como la tormenta, amor,
así te quiero.

No diré tu nombre ahora

No diré tu nombre ahora
no pronunciaré en voz alta tu recuerdo
no gritaré la soledad de ti que me atormenta.

Pero las palabras están
-siempre estuvieron-
al pie de mis silencios.
Están las viejas cosas
(más viejas y más solas)
el láud melancólico y digno
como siempre
el canto gregoriano
el buen Marqués de Santillana
y la última flor que tú me diste
solidaria
que tal vez esta noche
no pueda
vencer
su débil lucha contra la muerte.

Será más duro entonces
alzar este brazo derecho
y sin que tiemble la mano decidida
partir en mil pétalos marchitos
estos días en que guardo tu nombre
inclinando amorosamente mi cabeza
sobre cada letra de tu cuerpo.
No diré tu nombre ahora
pero las palabras están
me desangran al oído tu presencia
y la sal de cada día
aviva esta llaga que nos une.
Vivimos la atroz eternidad de dos amantes

rotos por un signo desde siglos destrozados.

Ah, implacable viento humano
que desgarrar
los hilos que tejemos
de una
a otra
soledad!

Ensalmo para que viva un hijo

Conjuro los elementos
hasta que salte el rito.

En lo profundo del viento
invoco al aire:
por que no muera en el cielo
echo a volar mi alma.

En lo alto del llanto
invoco al mar:
por que no muera en el agua
quemo todas mis naves.

En la sima tremenda
invoco al vasto abismo:
por que no muera en la tierra
hágase mi vida árbol.

En el ardor de la llama
invoco al gran incendio:
por que no muera en el fuego
hago fuego en mi cuerpo.
Por que viva del aire

por que vuele en el mar
por que sean de barro sus segundos humanos
por que sean de fuego su gesto y su palabra
conjuro los elementos
hasta que salta el rito.

Ximena

Descubres el mundo
con la embriaguez de tus dos manos
de tus dos ojos abiertos a la vida.

Pequeña diosa
el mar te dio sus olas en tu vientre
el silencio te dio la soledad
la dicha te dio senos para el hambre de tus hijos.

Pequeña mía
el hombre que una tarde me llenó
de tu hermosura
me dio la belleza del vientre
redondo
como el mundo.
Profundos ríos azules recorrieron
durante nueve lunas
el suave territorio que enlaza dos ternuras
Y una noche naciste
Afrodita
Deslizaste dulcemente tu cabeza
hasta tocar la bóveda celeste con tu grito.

Niña
hembra nacida de mi vientre
engendro del amor y de la vida

vas hacia la vida con la vida en las manos
y el asombro abierto al mundo en tus dos ojos

Yo, mujer

Yo, mujer,
terca habitante del planeta
veo llegar el día en que el otoño
bese feliz la primavera.
Espero la vendimia de mi sangre.
Veo tornarse ocres las verdes hojas de mis manos.
Siento crecer la vida que sembré con loco amor
e insensatas alegrías,
mientras fueron pasando, uno a uno,
soles, constelaciones y planetas.

Aprendí a pronunciar los nombres de mis hijos
que me fueron revelados poco a poco
cuando ellos eran apenas
dulces astronautas de mi vientre.

Conocí los secretos de la vida.
Bebí con la avidez rachas de viento,
embriagué mi piel con salobre espuma
dorada por el sol.
Conocí la tormenta en el océano
la perfecta oposición de los astros sobre el mar,
y sentí la pequeñez indómita de este cuerpo que ocupa
apenas un fragmento del tiempo y del espacio.

Yo, mujer,
terca habitante del planeta
he dejado mi huella amorosa en la nube
que pasa ligera.

Ahora espero,
gratia plena,
el día en que el otoño bese feliz la primavera
para compartir
 gozosa
este jugo fermentado que es ahora mi sangre.

Oficios de mujer

A vos, Sor Juana,
porque nos precediste.

Aprendimos los oficios del amor y del silencio
de la terca soledad y de la angustia
el oficio del temor y de la muerte
el duro trabajo de apuntalar los sueños.

Aprendimos el oficio de tienieblas y abandono
el trabajo del verso
el canto gregoriano
el mundo misterioso de los astros
el ritual inexorable de la espera
las ceremonias del miedo y del valor
los secretos del arco y su flecha impredecible
 de la noche y del fuego que la alumbra.

Aprendimos la alegría
la sonrisa
la luz y las tienieblas
la magia de la ciencia
el árbol, la manzana, el paraiso,
la serpiente, las aves,
los mitos, el enigma.

Aprendimos los oficios de los hombres
y arrebatamos otros
que estaban destinados a los dioses.

Con las cartas marcadas

Jugué a las cartas contra la soledad
y me ganó la muerte.
Todos los dados cargados.
Jugué con elegancia, con valor
con el llanto vestido a diario de alegría.
Jugué apostando mis ojos
y me ganó la muerte.
Jugué apostando la risa
y me ganó la muerte.
Jugué apostando el amor
y me ganó la muerte.
Despojada de todas mis riquezas
jugué apostando la vida
¿me habrá ganado
-una vez más-
la muerte?

Canto sacrificial

Agoté el laberinto de los signos
la profunda soledad de los espejos
el alto vuelo de la risa.
Agoté los misterios del silencio
las horas de vigilia lacerante
el secreto de los astros
la magia de la ciencia
el don de la palabra
el pozo transparente del dolor.

Nadie quiso decirme
dónde duele la vida
dónde vive la muerte que me acecha
y me tienta apasionada
dónde duele este amor que he padecido
tercamente
como el digno samurai
que lucha hasta el cansancio con su sombra
y herido tres veces por el fuego
acepta finalmente su derrota.

Y pues no es mía la gloria de Afrodita
saliendo de las aguas,
convídame, Ifigenia, a tus bodas
rituales con la muerte
para que el viento sople
-una vez más-
 las velas
de aquellos que siempre nos inmolan.

Ifigenia en Moriah

Para la muerte nació. Para el dolor.
Para la soledad sin fin.
Al darme a luz puso mi madre
un puñal afilado de odio en mi mano derecha
y me enseñó a esgrimirlo contra mi corazón
sin que vacilen mis dedos temerosos.
Ejercité largamente mi brazo
aprendí el ángulo perfecto
la justa fuerza necesaria
 para el acto impecable
para la irreprochable maestría de los hechos
que no tienen retorno.

A la hora señalada por los dioses
emprendí el camino a la tierra de Moriah.
Al tercer día vi el monte que esperaba
paciente, mi llegada.
Sonreí para él como sólo sonríe
la mujer que se despide para siempre.
En una mano blandí el fuego, en la otra
el viejo puñal.
Mis hermanos dijeron: «Vemos el fuego y el cuchillo
pero ¿quién será el cordero?»
«Todas somos el cordero», contesté.

Al llegar al lugar indicado por los dioses
construí el altar del sacrificio.
Sobre el altar puse mi cuerpo que nació
para la muerte. Alcé el puñal afilado
señalando limpiamente el corazón.
Una voz dentro de mí dijo entonces mi nombre
el que quise escuchar como un murmullo
desde que abrí mis ojos a la vida,
el nombre que busqué angustiada en los espejos
sin sombra y sin imagen.
Mi nombre era mi espejo
la imagen que me fue negada
desde antes de nacer.

Alguien con mi voz dijo mi nombre.
El gólem entonces bajó el brazo
y comenzó a florecer.

Para estar, Amor, desapareces

Sellas mis labios con tu ausencia
hieres mi corazón con tu silencio
porque para estar, Amor, desapareces.

Si en soledad de amor te busco a tientas,
si mis ojos ciegos y mi ciega razón
y mi mano que tiembla en cada letra
no alcanzan tu aliento que da vida,
déjame oír Tu presencia en Tu silencio,
porque para estar, Amor, desapareces.

Si no hay luces ni sombras
ni claros desafíos, ni plácidos arroyos
ni playas, ni campos florecidos
ni lunas, ni tormentas,
déjame entonces encontrarte en el vacío
porque para estar, Amor, desapareces.